

Claustrofobia.

Siempre fui claustrofóbica.

Encierro.

Me quisieron encerrar.

Confinamiento.

Lo lograron y lo aceptamos.

Pero no dejé subir el pánico.

No caminé haciendo círculos ni levanté los brazos como aspas de molino.

Respiré hondo y calculé cómo se había encogido mi mundo.

Mi mundo.

Piso de tres habitaciones, living, cocina y balcón,
cien metros cuadrados de suerte.

Vivimos una pareja
con una hija de dieciocho,
ningún perro tampoco gato,
siete plantas y una araña.

Un mundo sin bosques ni mares, sin rutas de ruedas ni cielos de aviones.

El horizonte,
un muro de tejas y ventanas.

La distancia,
aquella de los pasillos.

La garzas y las golondrinas
como reloj del tiempo y de las estaciones.

Rigor.

Estructuré mi vida para no volverme loca.

Transformé los espacios para que todo fuese posible.

Cocina despacho.

Living de deporte.

Balcón de lectura.

Dormitorio de cine.

Comedor de escritura.

Habitación descanso.

Agenda.

Despertar, yoga, desayuno, ducha, vestir, nada de sostén, nada de maquillaje, trabajar de ocho y media a doce, almuerzo, trabajar de una a cinco y media, tomar sol con programa de radio, aperitivo, llamadas telefónicas, cena, película o concierto en directo, hacer el amor, leer, dormir.

Repetí hasta que llegase el fin de semana.

Dormir hasta tarde, recibir las compras, cocinar mucho, viajar por las redes, almorzar, siesta, aperitivo, llamadas telefónicas, cena, película o concierto en directo, hacer el amor, leer, dormir.

Repetí hasta que volviese el lunes.

No perdí nunca la cuenta de los días.

Seguí la trayectoria del sol.

Recorrí cada espacio del departamento para no abandonar los músculos.

Bajé la basura y los siete pisos a pie para sentir que nada aflojaba.

En la planta baja solía abrir la puerta para respirar el aire callejero.

Un paso hacia la vereda.

Olor a prohibido.

Aroma a temor.

Miedo.

¿Tuve miedo?

Seguramente.

Nada concreto.

Voces de periodistas y estadísticas.

Diagramas y pánico ajeno.

Mi culpabilidad frente al chico de las entregas.

Yo dentro

y él afuera.

Yo detrás de una pantalla

y él enfrentándose a los números cada vez más altos.

Respiro.

Abrí las ventanas para ventilar la casa,
para dejar la brisa marina recorrer trescientos kilómetros
y llegar hasta mi ciudad.

El balcón fue mi salvación.

La tumbona mi isla

y la radio una voz confortante en el caos noticiero.

Silencio.